

NÚM. XVII

SALADINO

(1132-1193.)

Saladino (*Salah-Eddyn*) es de los pocos soberanos conocidos lo mismo en Oriente que en Occidente, pues los destinos de uno y otro están ligados con el suyo; y al rededor de su luminoso centro se concentraron los rayos de la gloria, formando una de las mas brillantes constelaciones de la historia del mundo. En las Cruzadas los nombres de Noradino y de Saladino exceden á los demas en esplendor; pero el segundo brilla mas por los grandes y decisivos acontecimientos á que va unido, y porque tiene frente á sí uno de los mas caballescicos de aquella época, Ricardo I de Inglaterra, aunque en el campo de la historia y de la novela no le iguala, ni con mucho.

Humano, dulce, magnánimo, siempre que se trataba de individuos ó de enemigos vencidos, era Saladino inexorable, áspero y hasta cruel cuando contemplaba á los Cristianos como nacion; era el héroe mas perfecto del islamismo, el príncipe mas caballescico de su época, que oscurece á todos los príncipes contemporáneos de las Cruzadas, y cuya pasajera crueldad es con mucho superada por el religioso fanatismo de Ricardo.

El padre de Saladino fué Ayub Nexmeddin, hijo de Schadi, de la tribu Revadye, distinguidísima entre los Curdos, pueblo sanguinario y atrevido, al cual basta un caballo, un par de ovejas ó una jóven, para expiar la sangre vertida del pariente mas próximo. El ilustrado viajero Makinuir los describe de este modo: « Los Curdos son desleales; mienten por sistema, con tal que les resulte una ligera ventaja; envidiosos del extranjero, son con él descorteses y villanos; pero llenos de sentimiento patrio consideran el colmo de la fortuna habitar en santa paz en medio de sus montes. Tratan con ménos rigor que los Turcos á sus mujeres, que llevan las mas de las veces el rostro descubierto; honran á los muertos y levantan monumentos á los hombres de bien. Los príncipes son mirados con gran veneracion por los vasallos, al paso que ellos tratan á estos familiarmente; su palabra es ley, y decide de la vida y de la

muerte; salen rara vez sin gran séquito, y su discurso predilecto es la antigüedad de sus familias, que hacen subir hasta Moises. Seria difícil á un conquistador extranjero subyugar un país tan lleno de desfiladeros y de montañas inaccesibles, donde los naturales, seguros de cualquier agresion, pueden vivir meses y meses con leche de cabra y pan de bellota. »

Ayub Nexmeddin se dirigió con su hermano menor Esededdin Schircu á casa de Behrus, gobernador de los Selyúcidas en el Irak, su anciano amigo, que le nombró castellano de Tecrit, la antigua Birta, hoy capital del sanjato de igual nombre. Cuando Omadeddin Zengui, padre de Noradino, derrotado por las tropas del califa, se refugió en Tecrit, Ayub le dispensó muchos honores, y le acogió hospitalariamente. Disgustado con esto Bechrus, lugarteniente del califa, le quitó el cargo que le habia cometido. Ayub se marchó con su familia y su hermano á Moral, donde Omadeddin, dueño ya de Alepo, se apoderó tambien de Balbek, confió el gobierno á Ayub. El año anterior habia nacido á este su hijo Yusuf, apellidado despues Saladino. Al cabo de siete años Balbek, en virtud de convenio, fué cedida á la familia de Taghtidyn, y entónces Ayub, con sus cuatro hijos Schamsed Deolet Turanshia, Yusuf Saladino, Seifeddin Taghidyn y Melik el Aadil Abubekr, se estableció en Damasco; pero su hermano Esededdin Schircu, valeroso guerrero, se quedó al servicio de Omadeddin, de cuyo hijo Noradino recibió, como feudos militares, á Ems, Rabba y Palmira. Habiendo ido el jóven Saladino con su tio á la guerra contra los Francos, se ganó la benevolencia de Noradino, y fué distinguido entre sus emires. Cuando Noradino, cediendo á las súplicas del califa fatimita Ahded, envió por la tercera vez á Egipto á su general Esededdin, Saladino, en la flor de su edad viril, como que contaba treinta y dos años, acompañó á su tio.

Cinco años ántes habia perdido á su consejero espiritual, director y amigo, el jeque mis-

tico Nedyb Surverdi, cuyo tratado sobre el gobierno de las provincias y sobre los secretos del arte de mandar fué el libro favorito de Saladino, y la estrella polar de su ciencia administrativa. Lleva el título de *Guia de los reyes en el corte del gobierno*. Como dicho tratado no es solo una guia moral para los reyes, de las mas estimadas entre los Árabes, sino tambien el libro á cuyas máximas se ajustaba Saladino en el arte de reinar, un breve extracto de él será el mejor comentario á las hazañas que van á relatarse.

I. Los súbditos necesitan la guia de los reyes, pues sin ella el Estado es á modo de nave en medio de una tormenta; el príncipe reinante es el piloto; ó si comparamos el Estado con un jardin, es el jardinero que extirpa los árboles dañosos y planta los útiles.

II. La moral es necesaria en todo; es el mas bello adorno del hombre. Los filósofos sientan como máxima que la laudable moral de los grandes reyes consiste en la pureza. Moral y humanidad son un vestido nuevo que no se consume; la ciencia es un tesoro que no puede destruirse.

III. Dos son los fundamentos de la moral de los reyes: el primero instruirse en los preceptos de la religion y de la ley; el segundo, reprimir los apetitos sensuales. Algunos doctores de la ley han dicho que la ignorancia es una cabalgadura que extravía al que la monta. Algunos filósofos han dicho que la razon es el marido, el alma la esposa, y el cuerpo la habitacion en que el marido debe predominar.

IV. De las cinco columnas del Estado: primeramente los visires, para cuya alta categoria se requieren nueve cualidades, á saber: conocimiento de la ley, edad avanzada, firmeza de carácter, sinceridad, no tener codicia de dinero, no profesar enemistad personal; buena memoria para acordarse de las órdenes del rey, perspicacia y destreza en los escritos; segundo, los súbditos, que se dividen en empleados y no empleados; los primeros sirven espontáneamente ó contra su voluntad, por inclinacion ó por la fuerza de las circunstancias; tercero, las virtudes necesarias al soberano, esto es, orden, tolerancia y juicio recto; cuarto, la hacienda; quinto, las defensas indispensables para la seguridad del Estado y del príncipe, que son de siete especies, á saber: fortalezas, soldados fieles, solicita provision de víveres; caballos veloces, sables afilados, buenos cocineros y hermosas esclavas, cuyo aspecto serena la vista.

V. De las quince laudables cualidades: justicia, prudencia, valor, generosidad, dulzura, fidelidad, sinceridad, benignidad, paciencia, indulgencia, gratitud, circunspeccion, mansedumbre, pureza, humanidad, apoyadas con textos del Coran y palabras de la tradicion.

VI. De las quince cualidades reprobables: injusticia, ignorancia, avaricia, prodigalidad, deslealtad, mentira, murmuracion, ira, aluci-

nacion, orgullo, envidia, precipitacion, bufoneria, bafa, infidelidad, confirmadas tambien con textos del Coran y con pasajes de la tradicion. Luego, de los tres accidentes que alteran la templanza; esto es, cuidados, aflicciones y embriaguez.

VII. De la parte que los empleados deben representar en las reuniones públicas de la corte, segun el ejemplo de los califas abasidas. Estos dividieron á sus empleados en tres clases: primeramente, los simples soldados, despues los oficiales, por último los visires, emires, jueces y doctores de la ley.

VIII. De la excelencia del consejo, segun el dicho del Profeta: « Examinad vuestro entendimiento por medio de la persuasion, y ayudadlos en vuestros asuntos por medio del consejo. »

IX. De las dotes del consejero: el consejero del rey debe ser perspicaz, verídico; no tener envidia de sus colegas, no profesar enemistad á nadie, no entregarse á placeres sensuales, y pertenecer á los magnates de la corte.

X. De los fundamentos del arte de reinar, que está representado con ocho emblemas, á saber: lluvia, sol, luna, viento, fuego, agua, tierra y muerte.

XI. Del divan, instituido por grandes reyes como remedio de las injusticias, y del tribunal, instituido por Noradino con la anécdota de los niños cantando á orillas del Rio Baradi.

XII. De las advertencias que deben tenerse en cuenta al discurrir en presencia del rey: « Preséntate modesto en palacio, entra ciego y sal sordo. » No conviene aconsejar al rey delante de nadie: « Si quieres darme un consejo, que sea en secreto; si haces lo contrario, no te irrites al ver que no lo cumplo: el consejo en presencia de extraños es afrenta para mí y deshonor. »

XIII. De la precaucion contra la astucia de los enemigos, y especialmente contra el envenenamiento. Los enemigos tratan de envenenar al rey con diez objetos: la silla de la cabalgadura, el trono, el asiento ordinario, el anillo, el dedil para tender el arco, el espejo, los manjares, las bebidas, los vestidos y las alfombras. Todas estas cosas se deben examinar cuidadosamente, si hubiere sospechas de veneno. Es prudente que los reyes se rodeen de gatos y de monos, porque estos conocen el veneno.

XIV. De la disciplina militar y del mando de los ejércitos. El general debe dirigir su atencion sobre todo á diez y siete puntos:

1º Eleccion y cuidado de los caballos, segun los pasajes del Coran y de la tradicion: « Tened cuidado de vuestros caballos, porque su lomo es vuestro puesto de honor, su cuerpo es vuestro tesoro. »

2º Marcha bien regularizada, sin demasiada fatiga, segun las palabras que dijo el Profeta á un devoto que se habia debilitado con los mortificaciones: « Esta religion es firme; internaos en ella poco á poco, porque el plantador no

consume la tierra, y la espina dorsal no excede de su medida. »

3º Las tropas ó son provistas con regularidad de víveres, ó los reciben solo cuando les van faltando.

4º Deben elegirse para oficiales únicamente hombres seguros y de entera confianza.

5º Toda clase de tropas ha de distinguirse de las demas por un particular distintivo.

6º Búsqese y aléjese á aquellos que, esparciendo noticias, desaniman el ejército ántes de la batalla.

7º No se castigue en el momento del ataque á los discolos, á los indóciles y á los perezosos, segun las palabras del Coran : « No haya discordia entre vosotros, para que no decaiga vuestro ánimo ni se disminuya vuestro aliento. »

8º Pónganse escoltas para preservarse de las emboscadas y sorpresas del enemigo.

9º Elíjase por campo de batalla una llanura abundantemente provista de agua y de pozos.

10º Cuidese de que los víveres no falten ;

11º de tener espías diestros ;

12º de pasar revista al ejército ;

13º de premiar á los mejores con aumento de paga y con terrenos ;

14º de alimentar á las viudas y á los huérfanos de los que mueren en la guerra.

15º Llámense al consejo de guerra á los guerreros de edad provecha y experimentados.

16º Vélese por la conservacion de una rigurosa disciplina y de las buenas costumbres, segun la sentencia del Profeta : « Guardad del mal á vuestras tropas; de otro modo Dios os pondrá en el corazon espanto; guardaos de que vuestras tropas se mezclen con malas mujeres, de otro modo Dios les envía dos muertes. »

17º No se permita al soldado ejercer el comercio ó la agricultura.

XV. De las cualidades necesarias á un ejército en campaña : paciencia, constancia, valor, fidelidad, entrega del botin y obediencia.

XVI. De la guerra contra los renegados, los rebeldes, los bandoleros. Los renegados, segun la tradicion, merecen la muerte. La guerra contra los musulmanes rebeldes se diferencia en nueve puntos de la que se emprende contra los infieles :

1º No está permitido atacarlos de improviso por la noche, sino en medio del dia.

2º No se lleva intencion de matarlos, sino de atraerlos de nuevo á la obediencia.

3º No se persigue á los fugitivos ;

4º no se mata á los heridos ;

5º ni á los prisioneros ;

6º ni se reduce á la esclavitud á las mujeres ;

7º ni se pide contra ellos el auxilio de los infieles.

8º No se hacen treguas; y si alguna, que dure solo el tiempo para empeñar de nuevo el combate.

9º Sus casas no son quemadas, ni destruidas

sus habitaciones. Á los bandoleros se les ahorca, ó se les corta la mano.

XVII. Del reparto del botin : á un soldado de caballería el triple que á uno de á pié; el botin hecho por un cuerpo de exploradores se divide entre todo el ejército.

XVIII. De las gracias que deben darse á Dios despues de una victoria, y de la recompensa á los vencedores.

XIX. Del consejo á hombres religiosos, con relatos para animar á aquellos que soportan impacientemente los males de la guerra y á los que descuidan las ocasiones importantes por intereses mundanos, subdividido en diez jardines.

Saladino, educado en la doctrina del islamismo y nutrido en la lectura de esta moral de los soberanos, fué con su tío á Egipto, y á la muerte de Eseddedin Schircu, obtuvo el empleo de visir (1164). Renunció desde entónces á las diversiones prohibidas por la ley, que los soldados jóvenes, aunque por los demas celosos musulmanes, no respetan tanto en esa parte, y mereció hasta el fin de su vida el hermoso apellido de Saladino (*Salah-Eddyn*), esto es, *Bien de la religion*. El califa no era mas que una sombra; todo el gobierno estaba en manos del visir. Siendo Saladino, no ménos que Noradino, un sunnita ortodoxo, los ulemas egipcios, todos siitas, es decir, herejes, se disgustaron al principio mucho con el nombramiento del nuevo visir; especialmente cuando por orden de Noradino exoneró á los siitas del empleo de jueces en todo el país, confiriéndolo á ortodoxos del rito anefi ó schafii; pero cuando de orden del mismo Noradino, abolió los nuevos y opresivos impuestos que sumaban todos los años cien mil monedas de oro, captóse con ello el afecto y el favor de los mercaderes y del pueblo.

Al lado del califa estaba un Negro siita, confidente suyo, mayordomo y director de todas sus acciones, enemigo natural del visir, innovador de la ley. Saladino contando con el afecto y favor populares. Al saberse el asesinato del poderoso Negro, se sublevaron, con grandísimo peligro de Saladino y de sus tropas sirias, los cincuenta mil Negros que habia en el palacio del califa y en el Cáiro.

Arrojáronse sobre los Sirios; se combatió durante cuatro dias entre los dos palacios; pero al fin las tropas de Saladino vencieron, y la mayor parte de los Negros perecieron, siendo los restantes desterrados del Cáiro. Saladino dió entónces el empleo de confidente del califa á un sabio griego llamado Caracusk, hombre de grande ingenio, con la orden de no introducir á ninguno en el palacio á hablar con el califa ni dejar que saliese nadie por sus puertas, sin ponerlo en conocimiento de Saladino.

En seguida este mandó pronunciar la oracion solemne, no ya en nombre del califa de Egipto, sino del de Bagdad y de su soberano; y como á poco muriese el califa Ahded (1171), alejó del palacio á sus mujeres, esclavos y parientes,

señalándoles casa, alimento y vestido; y colocó en el porteros que prohibiesen la entrada y la salida. De este modo se apodoró de los tesoros acumulados por los califas fatimitas en el trascurso de doscientos cincuenta años, custodiados en diez habitaciones.

La primera era la biblioteca, que contenia en cuarenta estantes diez y ocho mil volúmenes sobre todos los ramos de las ciencias. En tiempo de Mostanser, octavo califa fatimita, no habia ménos de dos mil cuatrocientos Coranes, muchos de ellos con letras de oro y plata. Varios de los libros estaban escritos por los afamados calígrafos Ibn Moclá é Ibnol Bewab. El autor de la obra titulada *Sacaair*, es decir, las *Provisiones de boca*, contemporáneo del citado califa Mostanser, refiere que vió en la biblioteca de la casa del visir Ebulferruc Mohamed veinticinco catálogos de libros, tomados por la biblioteca del palacio en clase de préstamo. Los libros estaban encuadrados en piel ó en las mas ricas telas, y su número total pasaba de cien mil.

El segundo tesoro era el guardarropa, con los trajes de verano y de invierno del califa y del harem; los vestidos de casa y de gala en habitaciones particulares; collares y otros adornos de mujeres, uno de los cuales valia 200 zequies. El tercero era el tesoro de las piedras preciosas, divididas segun las varias especies en diamantes, rubies, zafiros, esmeraldas, perlas, cristales y porcelanas. Habia multitud de sortijas, brazaletes, collares, ceñidores, jarras para agua, cálices y copas de oro y plata, tres sortijas cuyas piedras cuadrangulares, á saber, una esmeralda, un zafiro y un rubí, se apreciaron en 12,000 monedas de oro. Se encontraban allí piedras de inestimable valor; una esmeralda cuyo precio no bajaba de 300,000 zequies, un rubí de 27 quilates. Tambien habia perfumes de todas clases, almizcle, alcanfor, pedazos prodigiosos de aloe, sándalo, nardo y otros perfumes de la India, de la Siria y de la Arabia; ademas puñales, sables, sillas de montar, caparazones. Los adornos mas célebres eran un pavo real con ojos de rubies y cola pintada de varios colores al natural; una gacela, cuyo blanco vientre era de perlas; un melon, hecho de un pedazo de alcanfor, que pesaba setenta mizcales, circuido de una red de oro; otro con peso de ciento sesenta menn, mitad almizcle y mitad oro; la mesa del mismo precioso metal; el rubí balaj óvalo que pesaba veintisiete mizcales, la palmera de oro con racimos de piedras preciosas, y una cantidad inmensa de oro en barras.

La cuarta habitacion contenia mas de cincuenta mil objetos de las mas ricas telas de plata y oro; alfombras persas y turcomanas; telas con bordados de pájaros y animales de todas clases; cojines de seda bordados de oro, y otros con retratos de los reyes é inscripciones en caracteres de oro que indicaban su nombre y la época de su reinado; y entre las

demas cosas una alfombra de seda, tejida de orden del cuarto califa fatimita Moez Ledimillah, donde se veía representada la tierra con todos los montes, rios, países y ciudades; los rios en plata, los nombres de las ciudades en oro; cubria una gran sala, y trasladaba la imaginacion muy léjos, desde los confines del Egipto hasta las mas remotas playas de los mares orientales y occidentales.

El tesoro de las sillas de montar era el quinto; allí estaban las sillas de la caballería, mientras que las del califa estaban con las joyas. El califa Mostanser sacó en un dia cinco mil para sus Turcos, y cuatro mil del almacén de sillas de su madre Seidek : estaban colocadas tres á tres, y una sobre otra, de modo que la mas alta tocaba la pared; entre ellas se veían tambien las sillas que Abu-Manzor Amer, décimo califa fatimita, habia mandado hacer para la expedicion contra Bagdad, y que siendo huecas, contenian agua en vasijas de estaño para la marcha al través del desierto. Allí se custodiaban asimismo las espadas de los mas famosos héroes del islam; ademas arcos, dardos y lanzas hasta el número de diez mil, de todas clases. El califa, inmediatamente ántes de su exaltacion, era conducido á aquel arsenal para que viese las armas defensoras del trono que iba á ocupar.

El sexto tesoro era de las tiendas, conteniéndolas de todas clases; cuadradas, redondas, altas, bajas, de fieltro, de lienzo, de seda, de tela de oro, armenias, persas, curdas, árabes egipcias y sirias. Muchas de ellas estaban bordadas con figuras semejantes á las que nos describe Motenabbi en una conocida poesia; las cuerdas eran parte sencillas, parte de seda torcida con hilo de plata y de oro; la gran tienda del califa, sostenida por una sola columna, tenia sesenta y cinco brazas de circuito. La mas magnífica era la hecha en tiempo del visir Abderraman Baveri, en la que trabajaron cerca de nueve años ciento cincuenta operarios, y costó 30,000 zequies.

El sétimo tesoro contenia bebidas y manjares de toda especie, sorbetes de rosa, de violeta, de tamarindo y de ruibarbo con almizcle y ámbar. El octavo tesoro era el de las especias para la cocina del califa, donde el azafran, como producto del Egipto, competia con los de la India. El noveno era el de los dulces y las frutas en conserva, distinguiéndose entre estas los dátiles cocidos en miel y en azúcar. El décimo era el de las banderas y estandartes, en cuya fabrica y en otras necesidades del ejército se ocupaban treinta mil trabajadores, gastándose cada año de 80 á 90,000 zequies. Allí estaba tambien el laboratorio de las botellas de nafta y de los cohetes á la Congrève de aquel tiempo.

Estos diez tesoros, comparados por la historia árabe con los de Cosróes Pervis, estaban en poder de Saladino. Aini, autor del *Collar de coral*, dice que se encontraron setecientas perlas, únicas é inestimables por su tamaño; una esmeralda tenia un palmo de larga y el grueso del

dedo pulgar. Era imposible calcular el oro, la plata, las joyas, las armas, los perfumes, las telas, las tiendas y los vestidos que allí había. Saladino envió ricos cargamentos al califa de Bagdad y a Noradino; distribuyó generosamente á sus emires de los dos palacios del califa. De los dos palacios señaló el septentrional á sus emires, y el meridional, que daba al canal, á su padre Ayub, que habitó en él hasta su muerte, é hizo vender el resto de los tesoros por secretarios y custodios nombrados al efecto. Diez años duró la venta, y empleó las sumas que producía en la guerra santa contra los Cristianos: á su muerte no quedaban de tan prodigiosas riquezas mas que los sables; elocuente prueba de su extremada generosidad; así que en las historias árabes el nombre de Saladino brilla al lado de los de Hatim, Tais y los Barmecidas.

El ilimitado poder con que Saladino gobernaba el Egipto, á pesar de que los primeros derechos soberanos del islamismo, á saber, la solemne oración y la moneda, llevaban el nombre del califa, daba á este justo motivo de inquietud y de cavilaciones, de modo que formó el designio de relevar al demasiado poderoso gobernador. Habiéndolo sabido Saladino, redobló su celo en enviarle el tributo y donativos, y cuando se divulgó que Noradino estaba á punto de marchar con un ejército á Egipto, le escribió lo siguiente: « Todo el mundo sabe que yo, mis hijos, mis hermanos y mis tíos, siervos de tu padre y tuyos, te hemos sido siempre fieles y adictos. En los países que me has confiado se obedecen tus órdenes y se respetan tus palabras; tu nombre resuena en el púlpito y se imprime en oro y plata. Yo soy un lugarteniente sumiso y humilde como los demás. Dícese que me vas á deponer sin motivo, y que quieres venir á Egipto con un ejército. ¿Para qué? ¿Quién se opondrá á tu mandato? Si en realidad has desviado de mí los ojos y piensas deponerme, envía al último de tus esclavos con orden de conducirme atado á tu presencia. Tres años hace que expongo en tu servicio á mil inquietudes y molestias la cabeza y el alma, tratando de sujetar á tu dominio el Egipto, objeto de envidia para los reyes; es, pues, justo que, despues de tantos sacrificios, me quites el gobierno de esta comarea, siendo de presumir que encontrarás un lugarteniente mas fiel: por lo demas, eres el amo. »

Noradino, aplacado, respondió que no tenia tal intencion, y que sabia la justicia de Saladino, el cual podia continuar gobernando y defendiendo como hasta allí los países confiados á su celo. Despues Saladino envió á su hermano mayor Schemsed Turanschá con un ejército á Siene, en el Alto Egipto, y al Ibrim, castillo fronterizo, entre este y la Nubia, para sustraerla al dominio de los Negros. Por el mismo tiempo mandó al sabio eunuco Caracusk con otro ejército al África Occidental para subyugar todo el país hasta Trípoli. Mientras que de esta manera

sus capitanes ensanchaban y aseguraban los confines meridionales y occidentales del Egipto, Noradino le envió á decir que la frontera septentrional estaba amenazada por los Francos mediante la posesion de Kerek en el distrito de Belca; que él no podia ir en persona, pues se hallaba ocupado en la expedicion contra Mosul; que Saladino emprendiese el sitio, y él se le reuniria luego. Habia formado el designio de aprovechar aquella ocasion, y no dejar que Saladino volviese á Egipto; pero este, informado del proyecto, en cuanto supo que se acercaba Noradino, volvió á Egipto, despues de haber sitiado á Kerek tres meses, aduciendo por razon la grave enfermedad de su padre, que en efecto murió de allí á poco.

Sin embargo, para conciliarse de nuevo el aprecio de Noradino, y darle nueva prueba de fidelidad, envió al siguiente año á su hermano Turanschá contra el Yemen, que se hallaba entonces en poder de Abdon Nebi ben-Mehdi, el cual arruinaba el país. En Sebid, sobre el sepulcro de su padre, autor de una nueva secta semejante á la de los carmatas, habia erigido un brillante templete, que dorado por dentro y cubierto por fuera de plomo tambien dorado, reflejaba á una hora de distancia los rayos del sol. Habia ordenado á los habitantes del Yemen que, en vez de ir en peregrinacion á la Caaba, lo hiciesen al sepulcro de su padre, llevando ricos regalos. Si alguno, contrariando esta orden, iba á la Meca, confiscaba sus bienes, de modo que lo mismo le enriquecia la obediencia que la desobediencia. Turanschá, empeñando el combate con Abdon Nebi, le derrotó, le condujo prisionero y se apoderó de sus inmensos tesoros. Mandó demoler el templete, y como Abdon Nebi y su padre habian vertido la sangre de muchos inocentes musulmanes, fueron desenterrados los huesos de este, y quemados junto con el cadáver de su hijo. En seguida Turanschá entró como vencedor en Aden, Sana y en Taas, y en todos los púlpitos mandó decir la oracion en nombre del califa de Bagdad y de Noradino, enviando á este la noticia acompañada de magníficos presentes. Noradino, aplacado de nuevo, informó de todo al califa, que le colmó de elogios y le regaló un vestido de gala.

En la primavera siguiente estalló una sedicion en el Cáiro. Los partidarios de los antiguos soberanos fatimitas formaron el proyecto de unas vísperas sirias, para restituir á aquellos el trono de Egipto. Saladino, advertido con tiempo, mandó prender á los jefes de la conjuracion, y consultando á los doctores sunnitas de la ley, ahorcó á unos y desterró á otros del Cáiro. Un mes despues (1174) llegó de Damasco la noticia de la muerte de Noradino, y se dijo la oracion en el púlpito á nombre de su hijo Melik el-Saleh Ismail, de edad de once años.

Cuando este dejó á Damasco para dirigirse á Alepo, Saladino queria ponerse en marcha para Damasco, á fin de preservar á aquella ciudad de

un repentino ataque de los Francos; pero dos accidentes en los confines septentrional y meridional del Egipto le hicieron desistir de su empresa. Una escuadra siciliana habia desembarcado tropas cerca de Alejandria, y sitiaba la ciudad; mas una salida de los sitiados las puso en fuga, ocupando tambien el campamento, y Saladino recibió la noticia por medio de las palomas cuando, apresurándose á llevar socorros del Cáiro, estaba ya á la mitad del camino. Al propio tiempo, un rebelde llamado Kens habia hecho decir en Siene la oracion pública á nombre del último califa. Saladino mandó contra él á su hermano Melik Aadil, que le derrotó y mató, volviendo con un rico botin. Las victorias de Alejandria y de Siene se verificaron el mismo dia, de modo que el 7 de setiembre de 1175, dia notable en la historia de los sitios, fué doblemente feliz para Saladino, así por haber libertado á Alejandria y vencido á los Francos, como por haber derrotado al rebelde y conquistado á Siene.

Asegurados con esta doble victoria los confines septentrional y meridional de Egipto, marchó Saladino á Damasco, y luego se cambió en la oracion pública el nombre de Saleh Ismail en el de Saladino, cuyo dominio independiente principió aquel dia, y se llamó Melik-an-Naser Salah-Eddin Yusuf, esto es, *el rey victorioso, el bien de la religion, Josef*. Mientras estaba sitiando aun á Ems, su hermano Turanschá vino de Arabia á traerle el rico botin de la expedicion. Al año siguiente venció las fuerzas unidas de Scheffeddin de Mosul y Saleh de Alepo, que se habian coligado por obra de Gümüsc-tiguin, mayordomo mayor de este último. Levantado por segunda vez el sitio de Alepo, y habiéndose salvado de nuevo del puñal de los asesinos, durante la marcha de Alepo á Damasco, determinó atacar el castillo de Massiat, residencia principal de los asesinos en Siria; pero á instancia de Schabeddin de Hama se marchó de Massiat, concediendo la paz á los asesinos, mediante la promesa de que en lo sucesivo no atentarian á su vida. De vuelta á Damasco, se casó con la viuda de Noradino, hija de Moineddin Inal, visir de Taghtidyin, que debia tener ya bastante edad, pues desde el principio del reinado de Noradino, en que se verificó el matrimonio con este, habian trascurrido treinta años: casamiento de política.

Volvió al Cáiro y puso los cimientos de dos nuevos edificios, la *medressé* ó escuela superior, y el hospital que lleva su nombre. Se eligió para el hospital un sitio cerca del palacio y dotado con las rentas necesarias al mantenimiento de los médicos, oculistas, cirujanos, boticarios y enfermeros; institucion sin rival en el islamismo. Es probable que á una fundacion tan benéfica para la humanidad le indujese el ejemplo de los Cruzados, cuyos caballeros se consagraban al servicio de los enfermos. La *medressé* se erigió en el barrio de los sepulcros, cerca de la tumba del iman Schafü,

fundador de uno de los cuatro ritos ortodoxos. El profesor destinado á ella tenia de honorarios mensuales cuarenta zequies, ademas de sesenta roties de pan diarios y dos cántaros de agua del Nilo. La dotacion de la *medressé* consistia en un baño, un horno, tiendas, y en la isla del Nilo, llamada Elefantina, se la denominó la *massirica*, escuela superior. Para proporcionarse piedras con que construir las murallas, el sabio eunuco griego Caracusk demolió las pequeñas pirámides de Gizeh. Estas murallas abrazaban el antiguo y el nuevo Cáiro y el espacio en medio de ambas ciudades, y se unian con la fortaleza erigida en el Monte Mocatam. Caracusk fabricó la fortaleza y el doble pozo, célebre hoy todavia bajo el nombre de pozo de Yusuf, conservando gloriosamente el nombre, no del primer Josef, visir de Faraon, sino del segundo, esto es, de Saladino, visir del califa Ahded, ó mas bien de Noradino. Este pozo, al que se baja por trescientos escalones, pasa con razon por una de las maravillas del moderno Egipto. El agua sube por medio de timpanos desde el fondo del pozo inferior hasta un estanque que se encuentra entre los dos pozos, y luego desde el estanque pasa al pozo superior: se sirven, al efecto, de bueyes. La escalera y la senda para los bueyes están abiertas en la piedra viva. Caracusk construyó tambien el puente de Gizeh, de cuarenta arcos, y el camino empedrado que conduce del antiguo Cáiro al Nilo. Niebuhr y Pococke describieron los restos del camino y del puente. La ciudadela del monte, concluida algunos años despues, se elevaba en el pasaje que se llama la cúpula del aire, y tenia detras los sepulcros.

En noviembre de 1177 marchó Saladino por la primera vez, como rey independiente, á Siria contra los Francos: una tropa de musulmanes, al mando de un renegado armenio, asoló á Ramla, cuya guarnicion se encontraba con el rey Balduino en Ascalon; otra se dirigió contra Lilla; otra atacó á Jerusalem, mientras que Saladino marchó en persona contra Ascalon. La guarnicion de esta ciudad, sabedora de que el ejército enemigo se habia debilitado dividiéndose, efectuó una salida bajo la direccion del rey Balduino y de Reinaldo, administrador del reino. El ejército cristiano no contaba mas que trescientos setenta coraceros; el obispo de Belen llevaba la Santa Cruz; las tropas de Saladino pasaban de seis mil jinetes, entre ellos mil mamelucos vestidos de amarillo como el sultan. Pocos de los compañeros de Saladino hallaron su salvacion en la fuga. Entre los prisioneros se contó el doctor de la ley Isa, juez, maestro y amigo de Saladino, á quien este rescató despues con sesenta mil monedas de oro; entre los muertos, el hermoso jóven Ahned, su sobrino, hijo de Takdyeddin Omer.

Estas desgracias animaron á los Cristianos á atacar á Hama y Arin (1178), que, no pudiendo contar entonces con el auxilio de Saladino, se